

Textos y glosas

Actualidad de la propuesta educativa agustiniana. A propósito del libro “*Una comunidad en busca de la verdad. Hacia un modelo educativo agustiniano*”¹

PPC es un sello editorial que pertenece al grupo SM, especializado en la publicación de materiales educativos, particularmente de literatura infantil y juvenil y de religión. En 2017 abrió la línea titulada *Carisma* en la colección *Educar* que está sirviendo como plataforma de presentación para los modelos educativos que ofrecen distintos institutos religiosos. De momento, se han publicado las propuestas de los salesianos², los marianistas³, los escolapios⁴ y los agustinos⁵. En todas estas obras aparece la convicción de que la vida religiosa se hace presente en las aulas desde una finalidad evangelizadora.

Vivimos tiempos de desafíos y oportunidades. La situación actual es de perplejidad y en el mundo de la fe cada vez es más alargada la sombra de la increencia que apaga las luces religiosas del universo. Nuestro mundo se mueve en la paradoja. Mientras algunos hacen el inventario optimista de las grandes conquistas alcanzadas por la ciencia, otros piensan que estamos ante una situación de riesgo porque asistimos a la voladura de los grandes valores que han servido de

¹ NEIRA ARELLANO, E., Editorial PPC, Col. Educar. Carisma. Madrid 2019, 265 pp.

² GARCÍA MARCUENDE, M. Á., *La educación es cosa de corazones*, 2017.

³ ARNAÍZ, J. M^a, *Ser para educar y educar para ser*, 2017.

⁴ ARROYO, J. A., *Santidad para el cambio social*, 2017.

⁵ *Una comunidad en busca de la verdad*, 2019.

cimiento a la sociedad durante tiempo. Este paisaje de claroscuros y sobresaltos debe ser interpretado como una oportunidad de examen acerca de nuestra identidad y de innovación de nuestra presencia en la educación para “integrar los saberes de la cabeza, el corazón y las manos”⁶.

No hay razones para pensar que los momentos luminosos de la escuela católica han quedado atrás en la historia de la pedagogía y ahora, para sobrevivir, hay que dar paso a la actitud defensiva y apolögética. Es hora de medir nuestras fortalezas y la firmeza de nuestras convicciones. La secularización ambiental es un argumento a favor de una evangelización que ofrezca un ancho horizonte de vida para quienes quieran moverse más allá del cerco de lo inmediato y horizontal. Paralelamente, la escuela católica debe emplazar a los alumnos a la cita con ellos mismos para que, al experimentar la holgura del propio corazón y de las preguntas que les acosan, se abran a una verdad mayor –no reñida con la ciencia– que es la trascendencia, la presencia de un Dios más íntimo que la propia intimidad (cf. *Confesiones* 3, 6, 11).

En el contexto de una sociedad fracturada y una escuela “que necesita una urgente autocrítica”⁷, el agustino P. Elías Neira Arellano, experto en formación de docentes y en gestión educativa, ha publicado *Una comunidad en busca de la verdad. Hacia un modelo educativo agustiniano*. El propósito del libro es “plasmar la riqueza del pensamiento de san Agustín y la experiencia de los agustinos en su misión evangelizadora y educativa, adaptándola a la realidad propia del siglo XXI, de modo que podamos dar respuesta a la problemática del hombre de hoy a la luz de la fe cristiana” (p. 13).

La obra se estructura en tres partes: “Identidad, Fundamentos, Propuestas”. A la pregunta ¿qué escuela queremos ser?, propone como respuesta *Una comunidad en busca de la verdad*, que sirve de título a la obra. El punto de partida es muy acertado porque para san Agustín, buscar la verdad no es una aventura intelectual que solo implique el ejercicio del pensamiento, sino vital, porque “no se entra a la verdad

⁶ PAPA FRANCISCO, *Christus vivit*, Exhortación postsinodal de 25 de marzo de 2019, p. 222.

⁷ *Ibid.*, p. 221.

sino por el amor” (*Réplica a Fausto, el maniqueo* XXXII, 18). El amor es sinónimo de vinculación, de comunidad, y la búsqueda de la verdad es tarea compartida. En la profunda reflexión de san Agustín sobre el misterio de la Trinidad, invita a sus posibles lectores que avancen en su compañía, indaguen con él, caminen a su lado con paso igual en busca del rostro de Dios (cf. *La Trinidad* I, 3, 5).

Es importante que, desde el principio, el modelo educativo agustiniano apunte a la trascendencia. Para san Agustín, hablar de pensamiento de amor y de verdad, es hablar de creer. “Todo el que cree, piensa; piensa creyendo y cree pensando” (*La predestinación de los santos* 2, 5). Estamos ante una concepción espiritual de la educación, una pedagogía con Dios al fondo. El recordatorio es tan necesario como urgente porque “la escuela católica sigue siendo esencial como espacio de evangelización de los jóvenes”⁸. No es fácil evaluar la efectividad evangelizadora de la educación, pero hay que afirmar con el papa Francisco que muchos jóvenes, cuando salen de nuestra escuela, experimentan “una insalvable inadecuación entre lo que les enseñaron y el mundo en el cual les toca vivir. Aun las propuestas religiosas y morales que recibieron no los han preparado para confrontarlas con un mundo que las ridiculiza, y no han aprendido formas de orar y de vivir la fe que puedan ser fácilmente sostenidas en medio del ritmo de esta sociedad”⁹. Si esto es así –y el diagnóstico del papa Francisco no se puede tachar de pesimista–, surge el interrogante acerca de la participación de la escuela católica en la misión evangelizadora de la Iglesia.

No es ilusorio pensar que de las parroquias, como también de las escuelas católicas, surjan líderes cristianos, bautizados capaces de vivir y actuar en la sociedad desde criterios de fraternidad, respeto y solidaridad cristiana. Hombres convencidos y convincentes de la verdad del Evangelio. “Nos alegramos de la verdad; pero no tanto por haberla encontrado como por haberla buscado”, escribe san Agustín (*Exposición incoada de la Carta a los Romanos*, 54). La felicidad no está tanto en la conquista como en la búsqueda.

⁸ *Ibid.*, p. 222.

⁹ *Ibid.*, p. 221.

El perfil que el P. Elías Neira traza sobre el *resultado* de la pedagogía agustiniana es completo y recoge los acentos de la amistad, la inquietud, la interioridad, la solidaridad, la búsqueda, el amor ordenado, la libertad. Lo mismo se podría decir del cuadro que identifica a la comunidad educativa agustiniana (pp. 50-51).

El segundo apartado del libro presenta el fundamento filosófico-antropológico de una educación de sello agustiniano. La confesionalidad de la escuela agustiniana supone reforzar la dimensión antropológico-ética frente a la tecnológico-instrumental, poniendo el foco en la educación de la dimensión espiritual como elemento nuclear en el desarrollo de la persona. La espiritualidad no abarca, exclusivamente, el mundo de lo religioso, sino que su perímetro abarca la estética, la búsqueda de la verdad, la afectividad, la ciudadanía y las preguntas por el sentido de la vida.

Son muchos los creyentes que están comprometidos profesionalmente en el campo de la educación. Ellos construyen cada día y hacen visible la escuela católica. No se trata de un rótulo que se coloca en la fachada de nuestros centros y tampoco que los educadores de esta escuela adquieran automáticamente el título de evangelizadores a la firma del contrato laboral. En un mundo plural como el nuestro, la escuela católica y, en consecuencia, la escuela agustiniana, tiene que colocar sobre la mesa del claustro de profesores un puñado de preguntas básicas: ¿Entendemos la educación como tarea o como misión? ¿Qué valores nos identifican? ¿Los valores que pretendemos transmitir son los que configuran la vida de los educadores? ¿Qué intuiciones aporta san Agustín a la pedagogía? ¿La pedagogía agustiniana puede ayudarnos a cruzar con éxito la travesía del siglo XXI, que se prevé no sea un viaje tranquilo?

Este segundo capítulo –titulado “Fundamentos” (pp. 55-172)– es el más denso del libro y tiene un particular interés porque justifica la comparecencia de la pedagogía agustiniana en la sociedad actual. La fuente de inspiración de la pedagogía agustiniana es, naturalmente, san Agustín, su vida y su obra. No maquillado ni falseado, pero sí leído con ojos actuales y vertido su mensaje en el lenguaje y en la horma del mundo contemporáneo.

San Agustín es maestro de humanidad, tiene voz propia en el mundo de la teología, la filosofía y la pedagogía, hombre clarividente y autor de una serie de obras intemporales con densidad suficiente para sustentar una antropología, una espiritualidad y una axiología. En definitiva, una propuesta educativa que pasa por aprendizajes tan fecundos como pensar, amar y creer. La fe es tan necesaria para la vida como la raíz lo es para el árbol, escribe en los *Comentarios a los Salmos* 139, 1.

En su repertorio bibliográfico encontramos unas obras relacionadas directamente con la educación y la catequesis, pero san Agustín –como es propio de los genios– no es un hombre sistemático y llamamos reflexiones aplicables a la educación en toda su extensa obra literaria. La obra más importante es, sin duda, su vida profundamente humana vivida con intensidad, con inquietud, con curiosidad, con pasión. La biblioteca donde investigó el misterio del ser humano fue su propio corazón. En el corazón todos alojamos las mismas preguntas y tropezamos con los mismos enigmas.

San Agustín, después de bracear en el mar de la duda y la insatisfacción, llegó a la orilla del encuentro consigo mismo y con Dios. Buscó la verdad con la misma emoción de los buscadores de oro. Estiró la inteligencia hasta el límite y, al mismo tiempo, examinó su corazón para conocer la misteriosa arquitectura del amor. Cultivó la razón y la afectividad, quiso ser hombre hasta el fondo, aunque hubo etapas de su vida en las que masticó pedazos de muerte y el pan amargo de la desesperanza. Cuando alcanzó la orilla de la paz, de la verdad, de la belleza, de la libertad y del amor pleno, proclama una consigna tan realista como esperanzada: *Conócete, acéptate, supérante. Conócete,* no seas un desconocido para ti mismo, no manejes fotografías tuyas trucadas. *Acéptate,* identifícate contigo mismo, con tus habilidades y debilidades. *Supérante,* empéñate en crecer, en ser más, en gestionar positivamente hasta tus carencias, en entender tu vida como una marcha ascendente en la que se van sumando aprendizajes: Aprende a amar y a dejarte amar, a convivir con tu puñado de flaquezas, a aceptar la adversidad, a entrar en el tiempo del desvalimiento, a vivir la propia muerte con paz y dignidad.

Con estos planos de vida y de crecimiento personal a la vista, es posible construir un tipo de sociedad alternativa. En la educación, hay que viajar obligatoriamente al futuro, alumbrar diariamente una escuela que prepare para el mañana. ¿En qué mundo, qué Iglesia y qué familia van a integrarse nuestros alumnos?

Todos hemos oido hablar de educar y cuidar la fe, educar y cuidar el amor, pero no es fácil encontrar bibliografía sobre cómo educar la esperanza. Estamos en un mundo en el que agoniza la esperanza. Al abrir un joven los ojos a la vida, otea un futuro que incorpora realidades como el amor, el trabajo, la sociedad. El amor es una sensación pasajera más que un acontecimiento vinculante. La familia es “la encrucijada de todas las fragilidades”¹⁰. Por eso, el sueño de formar una familia se ve ensombrecido por una estadística llamativa de rupturas matrimoniales en todo el mundo, que no siempre se producen de manera consensuada. Una primera sospecha es que la situación matrimonial atemoriza y desborda a muchos jóvenes.

Si miramos hacia otro lado, el trabajo no es un bien común y tampoco la desembocadura natural de unos estudios universitarios o una preparación profesional esmerada. El desempleo es una nube negra sobre la cabeza de la juventud que pone en cuestión el valor de la dedicación responsable al estudio.

Finalmente, el mapa del mundo presenta grandes desigualdades, bolsas de pobreza inexplicable, países y continentes donde la vida humana tiene un precio muy bajo.

Surge, entonces, el miedo ante el futuro, la muerte de los sueños, el recelo ante el porvenir. Es el campo ideal para que surja el “Síndrome de Peter Pan” (Dan Kiley) o deseo implícito de retrasar todo tipo de decisiones adultas.

Se presentan para la escuela católica campos inéditos de actuación como la educación política –formar ciudadanos del mundo constructores de *la ciudad de Dios*–, el acompañamiento de los alejados, la educación familiar, una mayor sensibilidad ante la ecología, la equi-

¹⁰ PAGLIA, V., Discurso de apertura de la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Familia (23 de octubre de 2013).

dad, la integración de la diversidad...etc. Ante un mundo cada día más complejo, se impone un mayor equipaje de conocimientos, de equilibrio y de plenitud personal.

La multiplicación de funciones supone una forma distinta de gestión que exige un *liderazgo de comunión* (p. 141), un ejercicio de unidad en la diversidad. El pensamiento de san Agustín apunta a un liderazgo que es una categoría moral, un *liderazgo ético* asociado a ejemplaridad, transparencia, justicia, disponibilidad... “El que enseña debe evitar todas aquellas palabras que no enseñan” (*La doctrina cristiana* 4, 10, 24), advierte san Agustín.

Es muy importante que por los pasillos de nuestra escuela se muevan líderes generadores de confianza, indicadores claros de un modo concreto de ser y de actuar. “Una organización es competente cuando está integrada por personas competentes que dominan sus campos de trabajo, que saben relacionarse entre sí y son conscientes de sus propios límites”¹¹.

Hay que hablar de líderes en plural porque la educación es coral, sinfónica, orquestal. La metáfora de la orquesta nos ayuda a pensar lo importante que es conocer la partitura y estar atentos a los gestos del director.

La educación –como la música– es un arte, un mosaico donde hay que encajar distintas piezas para lograr la armonía. Si consideramos la educación fundamentalmente como profesión moral y tarea del espíritu, es fácil concluir que todo educador está llamado a ejercer un *liderazgo ético y espiritual*, de modo particular aquellos que desempeñan funciones directivas para que –utilizando una comparación de san Agustín– no sean como las piedras miliares de los caminos que sirven como señales, pero no se mueven del lugar donde están. (cf. *Sermón 204/A*) Esta función –semejante a contar con una brújula para el viaje– es hoy apremiante por el riesgo de que la escuela no sea un indicador que señale caminos ni certezas en el tratamiento de las cuestiones básicas de la vida humana.

¹¹ TORRALBA, F., *Liderazgo ético. Una emergencia de un nuevo paradigma*, PPC, Madrid 2017, p. 22.

Nuestra sociedad está necesitada de maestros –maestros de niños y maestros de adultos– y urge instalar en nuestras aulas y nuestros claustros radares que nos ayuden a conocer de cerca las necesidades más acuciantes de la sociedad contemporánea para que la escuela se abra paso como institución sanadora y siempre en diálogo vivo con la realidad. “Los maestros somos observados minuciosa y atentamente, tanto en el aula como fuera de ella. Solo el ejemplo educa. La coherencia es el único modo de educar, el único camino para ser creíbles como maestros”¹².

El tercer apartado, que ocupa noventa páginas, se abre bajo el epígrafe “Propuestas”. Es el bloque más práctico. Comienza por fijar la formación espiritual en el marco de la formación integral y encajar una sana espiritualidad como elemento nuclear, nutritivo y equilibrador de toda la acción educativa.

Como componentes de la pastoral educativa se presentan *el anuncio explícito del Evangelio, la comunidad formativa y la evangelización de la cultura*. Algo que exige –en un contexto agustiniano– una pedagogía de proximidad cordial. La escuela agustiniana no está en función de una placa en la entrada o una profusión de carteles en las aulas y pasillos, sino en la existencia de unos educadores que comparten un mismo empeño de crecer, de amasar diariamente el sueño de la felicidad, de la amistad y de la comunidad educativa. Tareas de largo recorrido porque la vida es “un yo sin edad”.

En la Iglesia, antes de cualquier distinción de personas, de funciones o de ministerios, hay que subrayar la unidad. Iglesia siempre en camino, hogar donde crecemos juntos, escuela donde aprendemos los unos de los otros y taller donde realizamos la misión y construimos el Reino desde la fidelidad. Estos presupuestos legitiman la *misión compartida* que une, convoca y alienta en una comunidad educativa el vivir la fe y el trabajo de cada día. Laicos y religiosos compartimos una misma consagración bautismal y en la misión convergen la vocación laical y la especificidad de la vida religiosa agustiniana. “En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión” (*Apostolicam actuositatem*, 2).

¹² TORRALBA, F., *Pasión por educar*, Khaf, 2015, pp. 43-44.

Quien niegue a la escuela cualquier planteamiento metafísico no pasará de un conocimiento de la realidad a ras de tierra. Resulta, sin embargo que el ser humano –además de biología y anatomía– es pensamiento, afectividad, memoria, libertad vinculante, amor que nos sustrae a la soledad. Para los creyentes, también es hambre e imagen de Dios, a pesar de la concentración antropológica que discurre como un torrente de aguas bravas desde la mitad del siglo XX. En este paisaje cultural ajeno a la huella de lo religioso, ¿es posible avistar a Dios y preguntarse por él? ¿Puede el hombre del siglo XXI amurallarse detrás de su finitud y sus propios límites –en situación de indefensión absoluta– sin la presencia de Alguien que le ofrezca la plenitud de la salvación?

Esta reflexión conduce a la evidencia de que cuando nos preguntamos por la validación de la evangelización o de Dios en la escuela, no hablamos, simplemente, de su encaje en el currículo escolar, sino de cómo el crecimiento en la fe puede ser simultáneo al proceso evolutivo y cultural. O, dicho de otro modo, de qué forma iniciar en la experiencia religiosa que es mucho más que el acopio de conocimientos proporcionado por una cultura religiosa. La experiencia se aleja de cualquier demostración y se sitúa en el espacio del asombro, la invocación, el reconocimiento de una presencia. Para esta experiencia no hacen falta momentos cumbre y se trata, más bien, de que en el discurrir ordinario de la vida uno se sienta habitado, visitado.

La pedagogía agustiniana se concreta en una constelación de *valores* que crean una cultura escolar, impregnan la convivencia, están presentes en la acción tutorial y crean un clima peculiar. Estos valores (p. 85) –amistad, interioridad, libertad, verdad...– definen y dan consistencia a la propuesta pedagógica agustiniana.

Concluye el libro con referencias que señalan los pilares pedagógicos agustinianos, presentan el rol del maestro agustiniano y la necesidad de crear comunidades educativas de innovación y aprendizaje.

Hay que afirmar de modo categórico que la escuela agustiniana es *escuela de profesores creyentes* y, en consecuencia, lugar donde se expresa, comparte y celebra la fe cristiana. Como la fe solo se aloja en las personas, tenemos que poner el acento no en los programas o las actividades, sino en esos hombres y mujeres que, desde el aula, se sienten

constructores de la *ciudad de Dios* y la *ciudad terrena*. Educadores que se nutren de una espiritualidad agustiniana que es síntesis de trascendencia y encarnación. La pedagogía agustiniana no es una suma de estrategias en el aula o de dinámicas para favorecer la convivencia, sino que es un *espíritu*. Las técnicas son cambiantes, lo que permanece y resiste el paso del tiempo es el espíritu.

El agustino P. Elías Neira Arellano –autor, también del libro *¿Cómo inquietar corazones? Guía práctica para la formación de profesores –tutores*¹³– ha hecho un trabajo meritorio, riguroso, sugerente, necesario. Todas las personas, y a todas las edades, necesitamos un mínimo de certezas, un suelo ideológico que nos sostenga, unos indicadores que orienten nuestra vida. Mucho más los educadores en la hora de incertidumbre que vivimos. Por eso es importante la definición y la concreción práctica de nuestra propuesta educativa. “No hay ninguna ventaja más competitiva que nuestra identidad” (Javier Cortés).

SANTIAGO M. INSUNZA SECO, OSA

¹³ SM, Lima 2019, 264 pp.